

Fragmento de *Crisis* de Jaren Diamond. Debate, Penguin Random House Grupo Editorial, 2019

PRIMERA PARTE | PERSONAS | 1. Crisis personales | Factores que influyen en los posibles desenlaces • Crisis nacionales

Páginas 48 a la 64



Los psicólogos especializados en terapia de crisis han identificado al menos una docena de factores cuya presencia o ausencia contribuye a establecer una mayor o menor probabilidad de resolución de crisis personales (véase la tabla 1.1). Consideremos dichos factores empezando por los tres o cuatro que, inevitablemente, resultan críticos durante el tratamiento o antes de su inicio:

Tabla 1.1. Factores que inciden en el desenlace de las crisis personales

1. Reconocimiento de encontrarse en una situación de crisis
2. Aceptación de la responsabilidad personal en la acción
3. Construcción de un cercado para acotar individualmente los problemas a los que hay que dar solución
4. Obtención de la necesaria ayuda material y emocional de otros individuos y grupos
5. Adopción de otras personas como modelo de resolución de problemas
6. Fortaleza del ego
7. Autoevaluación honesta
8. Experiencia de las crisis personales anteriores
9. Paciencia
10. Flexibilidad
11. Valores centrales personales
12. Ausencia de constreñimientos personales

1. Reconocimiento de encontrarse en una situación de crisis.

Este es el factor determinante para que las personas inicien una terapia de crisis. Si este reconocimiento no se produce, ni siquiera se habrían presentado en una clínica de terapia de crisis ni tampoco (en caso de que no acudan a una clínica) empezarían a gestionar la crisis por su propia cuenta. Mientras una persona no lo admita — «Vale, tengo un problema»—, no puede hacer ningún progreso en la resolución de ese problema y puede ser que admitirlo le lleve mucho tiempo. Mi crisis profesional de 1959 empezó cuando me vi obligado a reconocer que no era un buen científico de laboratorio, tras más de doce años de éxitos escolares ininterrumpidos.

2. Aceptación de la responsabilidad personal. Pero no es suficiente con limitarse a reconocer «Tengo un problema». A menudo, a partir de ahí lo que dice la gente es lo siguiente: «Vale, pero este problema no es culpa mía. Hay otra persona, o hay fuerzas ajenas a mí, que hacen que mi vida sea horrible». Este tipo de autocompasión y postura victimista están entre las excusas más habituales que ofrece la gente para evitar hacerse cargo de sus problemas personales. Así que un segundo obstáculo, una vez que la persona en cuestión lo ha reconocido («Tengo un problema»), es que consiga asumir también la responsabilidad de su resolución. «Vale, están esas fuerzas ajenas a mí y toda esa gente, pero ellos no son yo. A los demás no los puedo cambiar. Yo soy la única persona cuyas acciones puedo controlar por completo. Si quiero que esas fuerzas y esa otra gente cambie, es responsabilidad mía hacer algo al respecto, modificando mi propio comportamiento y mis reacciones. Toda esa gente no va a cambiar de forma espontánea si no lo hago yo por mi cuenta».

3. Construcción de un cercado. Una vez que la persona ha reconocido la existencia de la crisis, aceptado la responsabilidad de hacer algo para resolverla y se ha presentado en un centro de terapia de crisis, la primera sesión de la terapia puede centrarse en la fase de «construcción de un cercado», es decir, identificar y delimitar el problema que hay que resolver. Si la persona en crisis no consigue hacer esto, termina viéndose a sí misma como un fracaso total y se paraliza. Por tanto, una pregunta clave es: ¿qué cosas de uno mismo

están funcionando bien y no es necesario cambiar y se pueden mantener? ¿Qué cosas se pueden y se deben desechar y sustituir con algo nuevo? Veremos que esta cuestión de los cambios selectivos es clave también en las evaluaciones de los países en crisis.

4. Obtención de ayuda de los demás. La mayoría de quienes hemos logrado salir de una crisis hemos descubierto el valor del apoyo emocional y material de las amistades o de los grupos de apoyo institucionalizados como los de los pacientes de cáncer, los alcohólicos o los adictos a alguna sustancia. Ejemplos comunes de gestos de apoyo material serían, por ejemplo, ofrecer una habitación a una persona cuyo matrimonio está en crisis para que pueda salir de su casa; pensar con claridad, para compensar la merma temporal de la capacidad para resolver problemas que tiene la persona en estado de crisis; y ofrecer ayuda práctica para obtener información, un trabajo nuevo, nuevos compañeros o nuevas fórmulas para el cuidado de los hijos. El apoyo emocional tiene que ver con saber escuchar, ayudar a ver los problemas con claridad y ayudar a una persona que puede haber perdido temporalmente la esperanza y la confianza en sí misma, para que recupere ambas cosas.

En el caso del paciente de una clínica de terapia de crisis, esta «petición de ayuda» está inevitablemente entre los primeros factores que aparecen en la resolución de la crisis: la persona llega al centro porque es consciente de que necesita ayuda. En el caso de la gente en proceso de crisis que no acude a una clínica de terapia, la petición de ayuda puede llegar antes, más tarde o incluso no llegar nunca: hay personas que se complican mucho las cosas intentar resolver una crisis sin contar con ninguna ayuda. Con ejemplo personal de la petición de ayuda sin acudir a un centro terapia de crisis: cuando mi primera mujer me provocó toda una conmoción al decirme (finalmente) que quería el divorcio, durante los días siguientes llamé a cuatro de mis amigos más íntimos y les abrí mi corazón. Los cuatro comprendieron mi situación y empatizaron con ella porque tres de ellos también eran divorciados y el cuarto había conseguido reconstruir un matrimonio con muchos problemas. Aunque, en mi caso, la petición de ayuda no consiguió

evitar mi divorcio, sí demostró ser el primer paso para un largo proceso de examen sobre mis relaciones y para un feliz segundo matrimonio. Hablar con buenos amigos me hizo sentir que no había fracasado por completo y que también podría alcanzar por fin la felicidad, como lo habían hecho ellos.

5. Adopción de los demás como modelo. Vinculado a ese valor que tienen los demás como fuente de ayuda está también su valor como modelos de métodos de gestión alternativos. Tal como hemos descubierto muchos de los que hemos tenido que capear una crisis, conocer a alguien que se haya enfrentado a una situación parecida supone una gran ventaja, pues constituye un modelo de habilidades de gestión útiles que uno puede intentar emular. Idealmente, estos modelos serían los amigos u otras personas con las que uno puede conversar y de las que puede aprender directamente como resolvieron un problema similar al suyo. Pero también puede servirnos el modelo de alguien que no conocemos personalmente y sobre cuya vida y métodos simplemente hemos leído u oído hablar. Por ejemplo, muy pocos de los lectores de este libro podrían haber conocido personalmente a Nelson Mandela, Eleanor Roosevelt o Winston Churchill, pero sus biografías o autobiografías han brindado ideas e inspiración a otras muchas personas y les han servido como modelos para resolver una crisis personal.

6. Fortaleza del ego. Un factor que tiene importancia en la gestión de una crisis y que difiere de una persona a otra es lo que los psicólogos llaman «la fortaleza del ego». Tiene que ver con la confianza en uno mismo, aunque es mucho más amplio. La fortaleza del ego implica conocerse a uno mismo, la sensación de haberse marcado objetivos y aceptarse tal como uno es, como una persona independiente y con orgullo que no depende de los demás ni para obtener su aprobación ni para sobrevivir. La fortaleza del ego tiene que ver con la capacidad de tolerar emociones fuertes, mantenerse centrado en condiciones de estrés, saber expresarse libremente, percibir la realidad correctamente y tomar decisiones sensatas. Todas estas cualidades que dependen unas de otras, son esenciales para poder explorar nuevas soluciones y para superar el miedo paralizante que a menudo nos atenaza durante una crisis. La

fortaleza del ego empieza a desarrollarse en la infancia, especialmente si nuestros padres nos aceptan tal como somos, no intentan que cumplamos sus sueños ni esperan que nos comportemos como personas mayores o más jóvenes lo que somos. Se desarrolla cuando nuestros padres nos ayudan a aprender a tolerar la frustración y no nos dan todo lo que queremos, pero tampoco nos privan de todo lo que queremos. Todo este con texto consolida una fortaleza del ego que luego nos ayudará a solventar las crisis.

7. Autoevaluación honesta. Esto está relacionado con la fortaleza del ego, pero merece una mención aparte. Para que el individuo que atraviesa una crisis pueda tomar buenas decisiones es fundamental que sea capaz de hacer una autoevaluación honesta, a veces dolorosa, de sus propias fortalezas y debilidades, de aquellas cosas de sí mismo que funcionan bien y de las que no están funcionando. Solo entonces podremos implementar cambios selectivos que nos permitan conservar nuestras fortalezas y sustituir nuestras debilidades por nuevos métodos de gestión. Si bien destacar la importancia de la honestidad en la resolución de una crisis puede parecer algo demasiado obvio como para tener que mencionarlo siquiera, lo cierto es que hay multitud de razones por las que las personas suelen no ser honestas consigo mismas.

La cuestión de la autoevaluación honesta supuso una de las dificultades fundamentales de la crisis profesional que atravesé en 1959. Yo había sobreestimado mis capacidades en una faceta y la había subestimado en otra. Lo que había sobreestimado: mi amor por los idiomas me había llevado a engañarme pensando que contaba con las habilidades necesarias para ser intérprete. Sin embargo, empecé a darme cuenta de que mi amor por los idiomas no iba a ser suficiente por sí solo para hacer de mí un buen profesional idiomas. Habiéndome criado en Estados Unidos, ni siquiera empecé a aprender mi primera lengua extranjera hasta que tuve once años. No viví en un país de habla no inglesa ni llegué a tener fluidez en otra lengua extranjera (alemán) hasta los veintitrés. Y como no llegué a hablar otras lenguas hasta un momento relativamente tardío de mi educación, hoy mi acento, aun en las lenguas que mejor hablo, se sigue reconociendo como americano.

Antes de cumplir los setenta y muchos años no empecé a ser capaz de alternar con rapidez entre dos idiomas distintos del inglés. Pero como intérprete me las habría tenido que ver con traductores suizos que a los ocho años ya habrían tenido la fluidez, el acento y la facilidad de alternar entre lenguas diversas. Finalmente tuve que admitirlo: me estaba engañando si soñaba que alguna vez podría competir como lingüista con los suizos.

El otro ámbito relacionado con la autoevaluación que me dio problemas en 1959 —y en el que, más que sobreestimarme, lo que hice fue minusvalorar mis capacidades— fue el de la investigación científica. Hice una generalización exagerada a partir de mi incapacidad para resolver un problema técnico difícil, en concreto, como medir el flujo de iones a través de las membranas eléctricas de las anguilas. Pero seguía siendo perfectamente capaz de medir el transporte de agua en la vesícula biliar por el simple método de pesar la vesícula. Aun hoy, sesenta años después, sigo usando las tecnologías más simples en mi trabajo científico. He aprendido a reconocer incógnitas científicas importantes que pueden abordarse con tecnologías simples. Sigo sin ser capaz de encender el televisor de casa con los 47 botones de su mando a distancia; sé hacer solo las cosas más sencillas con mi recién adquirido iPhone; y dependo por completo de mi secretaria y de mi esposa para cualquier tarea en la que haya que usar un ordenador. Todas las veces que me he dispuesto a desarrollar un proyecto de investigación que exigiera la intervención de tecnologías complicadas -análisis con cables de la difusión de corriente en tejido epitelial, análisis sónico de los canales iónicos de la membrana, análisis estadístico de la distribución de especies aviares por pares-, he tenido la suerte de encontrarme con colegas que tenían los conocimientos necesarios para realizar estos análisis y han estado dispuestos a colaborar conmigo.

Así aprendí finalmente a evaluar de manera honesta lo que era capaz de hacer y lo que no.

8. Experiencia de las crisis anteriores. Si uno ya cuenta con LA experiencia de haber logrado salir de otras crisis en el pasado tiene más confianza en sus posibilidades de resolver también la nueva crisis. Esto se contrapone al sentido de indefensión que provoca

haber pasado ya por otras crisis sin haber sabido resolverlas bien y deja la idea de que, hagamos lo que hagamos, nada nos saldrá bien. La importancia de esta experiencia previa es una de las razones fundamentales que explica por qué las crisis suelen ser mucho más traumáticas en los casos de adolescentes y adultos jóvenes que en los de las personas mayores. Aunque la ruptura de una relación afectiva puede resultar devastadora a cualquier edad, la ruptura de la primera es especialmente devastadora. Cuando llegan las siguientes rupturas, por muy dolorosas que sean, uno recuerda que ya ha pasado por un dolor similar y lo ha superado. Esa fue, en parte, la razón por la que la crisis que atravesé en 1959 me resultó tan traumática: fue mi primera crisis vital aguda. En comparación con ella, mis crisis profesionales ocurridas en 1980 y 2000 fueron poco traumáticas. Al final terminé cambiando la dirección de mi carrera, de la fisiología de la membrana a la fisiología evolutiva en torno a 1980, y de la fisiología a la geografía después del 2000. Pero estas decisiones no fueron dolorosas porque había llegado a asumir, basándome en mis experiencias previas, que, con toda probabilidad, todo saldría bien.

9. Paciencia. Otro factor es la capacidad de tolerar la incertidumbre, la ambigüedad y los fracasos en nuestros primeros intentos de implementar cambios: en resumen, la paciencia. No es muy probable que una persona que está pasando por una crisis vaya a inventarse una forma satisfactoria de gestionarla al primer intento; al contrario, lo probable es que esto requiera de varias tentativas y que ensayemos formas distintas para tratar de resolver la crisis y comprobar si estas son compatibles con nuestra personalidad, hasta que finalmente demos con una solución funcional. Las personas que no son capaces de tolerar la incertidumbre o el fracaso, o que se rinden en etapas tempranas de la búsqueda, tienen menos posibilidades de dar con una forma gestión nueva y compatible. Por eso, aquel amable consejo que me dio mi padre cuando estábamos sentados en aquel banco del parque de París —«¿Por qué no dedicas solo otro medio año a los estudios de fisiología?»— me pareció un salvavidas. Mi padre me hizo ver la paciencia como algo razonable, cosa que a mí solo no se me habría ocurrido.

10. Flexibilidad. Un elemento importante en la superación de una crisis a través de la implementación de cambios selectivos está relacionado con la ventaja de tener una personalidad flexible, en contraposición a una rígida e inflexible. La «rigidez» implica sostener la creencia general de que solo hay una forma de hacer las cosas. Por supuesto, dicha creencia es un obstáculo que impide explorar otras vías y ser capaz de reemplazar los viejos enfoques fallidos con un nuevo enfoque que funcione bien. La rigidez, o la falta de flexibilidad, pueden ser el resultado de una historia previa de abusos o de algún trauma que hayamos podido sufrir, o de no haber tenido, en la infancia, permiso para experimentar o desviarse de las normas familiares. La flexibilidad puede estar relacionada con esa libertad derivada de haber tenido, de niños, permiso para elegir por nosotros mismos.

Yo aprendí a ser flexible algo más tarde, como resultado de las expediciones que inicié con veintiséis años para estudiar los pájaros selváticos de la isla tropical de Nueva Guinea. En Nueva Guinea, los planes detallados casi nunca terminan saliendo como se ha previsto. Los aviones, los barcos y los vehículos de carretera se averían a menudo o tienen accidentes o se hunden; la gente del lugar y los funcionarios del Gobierno no se comportan como cabría esperar y no es posible darles órdenes; hay puentes y caminos que de pronto se revelan impracticables; montañas que de repente no están donde señalan los mapas; y mil otras cosas que salen mal. Casi todas y cada una de mis expediciones a Nueva Guinea las he iniciado proponiéndome hacer X, pero al llegar a Nueva Guinea, descubría que X era imposible y tenía que ser flexible, es decir, debía improvisar un nuevo plan sobre la marcha. Cuando Marie y yo tuvimos hijos, descubrí que mi experiencia con las expediciones por Nueva Guinea había sido la mejor preparación para ser padre, porque los niños son totalmente impredecibles, no se les puede dar órdenes y requieren de sus padres una gran flexibilidad.

11. Valores centrales personales. La penúltima consideración a vinculada con la fortaleza del ego, tiene que ver con lo que se ha dado en llamar valores centrales o fundamentales, es decir, las creencias que uno considera vitales para su identidad y que sostienen el código moral y la cosmovisión propios, tales como las

creencias religiosas o la implicación con la familia. En una crisis, uno tiene que saber dónde poner el límite de los cambios selectivos: ¿qué valores nucleares considera innegociables y se negaría a cambiar? ¿En qué punto se dice a uno mismo «antes muerto que cambiar ESTO»? Por ejemplo, mucha gente considera que las obligaciones familiares, la religión y la honestidad no son ámbitos negociables. Solemos admirar a quienes no están dispuestos a traicionar a su familia, a mentir, a renegar de su religión o a robar para poder salir de una crisis.

Pero las crisis pueden producir zonas grises en las que valores que previamente se han considerado innegociables se vuelven a someter a consideración. Por poner un ejemplo evidente, el marido o la esposa que decide presentar una demanda de divorcio está decidiendo con ello romper un compromiso familiar con su cónyuge. Los prisioneros de los campos de concentración nazis de la Segunda Guerra Mundial tuvieron que ignorar el mandamiento moral «No robarás»: las raciones de comida eran tan inadecuadas que era imposible sobrevivir si uno no robaba comida. Numerosos de los supervivientes de los campos de concentración abandonaron su religión porque les resultó imposible reconciliar la maldad de los campos con su creencia en un dios. Por ejemplo, el gran escritor judío italiano Primo Levi, superviviente de Auschwitz, diría más adelante: «Para mí la experiencia de Auschwitz llegó a barrer cualquier legado de mi educación religiosa que quedara. Existe Auschwitz, así que Dios no puede existir. No he encontrado solución a ese dilema».

De este modo, los valores nucleares pueden hacer más sencilla, o bien dificultar, la resolución de una crisis. Por un lado, nuestros valores fundamentales pueden ofrecernos claridad, una base sólida y una certidumbre desde la que podemos plantearnos llevar a cabo cambios personales. Por otro lado, seguir aferrándose a estos valores fundamentales, en el caso de que se hayan demostrado mal orientados bajo las nuevas circunstancias, puede impedirle a uno resolver una crisis.

12. Ausencia de constreñimientos. El último factor del que nos queda hablar es la libertad de elección que otorga el hecho de no estar condicionado por problemas prácticos ni por

responsabilidades. Es más difícil ensayar soluciones nuevas si uno tiene cargas fuertes de responsabilidad con relación a otras personas (como los hijos, por ejemplo) si debe cumplir con un trabajo muy exigente o si a menudo se ve expuesto a un peligro físico. Por supuesto, esto no significa que dichas cargas nos impidan salir de una crisis, pero sí que imponen retos adicionales. En 1959 yo tuve la suerte de que, en medio del torbellino personal en el que me encontraba ante la necesidad de decidir si aún quería seguir siendo investigador científico, no me tocó hacer frente a ninguna limitación práctica. Tenía una beca de la National Science Foundation con la que me costearía la matrícula y la manutención durante varios años más; el departamento de Fisiología de Cambridge no estaba amenazando con despedirme, ni siquiera me exigían que aprobara ningún examen y nadie me estaba presionando para que lo dejara... salvo yo mismo.

Estos son los factores de los que me han hablado los terapeutas, o sobre los que estos han escrito, con relación al desenlace de una crisis personal. ¿Cómo podemos emplear estos factores de la tabla 1.1 para comprender los posibles desenlaces de las crisis nacionales?

Por un lado, de entrada, está claro que los países no son personas. Como veremos, las crisis nacionales plantean numerosas cuestiones —cuestiones sobre el liderazgo, sobre la toma de decisiones colectivas, sobre las instituciones nacionales, entre otras— que no surgen en las crisis personales.

Por otro lado, también está claro que los mecanismos de gestión individuales no existen de forma totalmente aislada, al margen de la cultura de la nación y de los grupos subnacionales en los que la persona se ha criado y a los que pertenece. La cultura en la que uno está inmerso tiene un gran peso en los rasgos individuales tales como el comportamiento, los objetivos marcados, la percepción de la realidad y la forma de gestionar los problemas. Por lo tanto, cabe esperar que exista alguna relación entre el modo en que las personas se enfrentan a sus problemas particulares y el modo en que países, formados por muchos individuos, hacen frente a los problemas

nacionales. Entre las cuestiones que guardan alguna relación (y se observan tanto en el caso de los individuos como en el de las naciones) están el papel que adoptamos y la responsabilidad que asumimos para hacer algo por nuestros propios medios —en vez de considerarnos víctimas pasivas e indefensas—, la definición de la crisis, la búsqueda de ayuda y la capacidad de aprender de los modelos. Por obvias que parezcan estas sencillas reglas, tanto los individuos como las naciones las ignoran o las rechazan con una frecuencia que resulta deprimente.

Para contextualizar el grado en que las formas de gestión de los países son similares o no a las de las personas, consideremos el siguiente experimento imaginario. Si comparamos entre sí a una serie de individuos seleccionados al azar a lo largo de todo el mundo, veremos que difieren por múltiples razones que, en términos generales, podrían clasificarse como personales, culturales, geográficas y genéticas. Por ejemplo, comparemos las prendas de ropa que llevan en la parte superior del cuerpo cinco hombres distintos cualquier tarde del mes de enero: un inuit tradicional del Polo Norte; dos estadounidenses comunes apostados en una calle de la ciudad de Los Ángeles, donde yo vivo; el presidente de un banco estadounidense metido en su oficina de Nueva York; y un habitante tradicional de la selva tropical de las tierras bajas de Nueva Guinea. Por razones geográficas, el inuit llevará una gruesa parka con capucha, los tres estadounidenses llevarán camisas, pero no parkas, y el papú neoguineano no llevará prenda alguna que le cubra la parte superior del cuerpo. Por motivo culturales, es probable que el presidente del banco lleve corbata, no así los dos hombres que están en la calle de Los Ángeles. Por razones personales, los dos hombres de Los Ángeles seleccionados al azar quizá lleven camisas de colores distintos. Si la pregunta estuviera referida a su color de pelo y no a las prendas de ropa, también pesarían razones genéticas.

Ahora, consideremos las diferencias que muestran los valores fundamentales de los mismos cinco hombres. Si bien es posible que vistieran algunas diferencias personales entre los tres estadounidenses, es mucho más probable que compartan algunos valores fundamentales entre ellos que con el tipo inuit o el de Nueva

Guinea. Estos valores fundamentales comunes son solo un ejemplo de que los miembros de una misma sociedad comparten, en gran medida, una serie de rasgos culturales que se aprenden a través de la educación. Pero la diferencia media que existe entre los rasgos personales de individuos pertenecientes a sociedades distintas no puede explicarse en términos de diferencias geográficas, o sí se puede, pero solo en parte. Si alguno de los dos tipos de Los Ángeles llegara a ser presidente de los Estados Unidos, aquellos de sus valores fundamentales que derivan de su cultura —por ejemplo, sus valores en lo tocante a los derechos y responsabilidades individuales— dejarían su impronta en la política nacional de Estados Unidos.

La conclusión de este experimento imaginario es que puede esperarse que exista una relación entre las características personales de los individuos y las características nacionales de su país porque los individuos comparten una cultura nacional y porque las decisiones nacionales dependen en última instancia de los puntos de vista de los individuos del país, en concreto, de los de los dirigentes nacionales, que participan de la cultura nacional. En lo relativo a los países que se analizan en este libro, en los casos de Chile, Indonesia y Alemania, los planteamientos de sus líderes resultaron ser de una especial relevancia.

La tabla 1.2 enumera los doce factores que se analizarán en este libro con relación a los desenlaces de las crisis nacionales. La comparación con la tabla 1.1, los factores que los psicólogos han vinculado con el resultado de las crisis individuales, muestra que la mayoría de los factores de una lista tienen análogos reconocibles en la otra.

Tabla 1.2. Factores que inciden en el desenlace de las crisis nacionales

1. Consenso nacional en que el país se encuentra en una situación de crisis
2. Aceptación de la responsabilidad nacional en la acción

3. Construcción de un cercado para acotar los problemas nacionales a los que hay que dar solución
4. Obtención de la necesaria ayuda material y económica de otros países
5. Adopción de las experiencias de otros países como modelo de resolución de problemas
6. Identidad nacional
7. Autoevaluación honesta nacional
8. Experiencia histórica de crisis anteriores
9. Asunción de los fracasos nacionales
10. Flexibilidad nacional en situaciones específicas
11. Valores centrales nacionales
12. Ausencia de constreñimientos geopolíticos

En siete de los doce factores, los paralelismos son bastante claros:

Factor n.º 1. Los países, como las personas, pueden reconocer o negar su estado de crisis. Pero en el caso de los países, el reconocimiento exige un grado de consenso nacional, mientras que una persona puede reconocerlo o negarlo por sí misma.

Factor n.º 2. Tanto los países como las personas pueden aceptar su responsabilidad nacional o individual en la toma de medidas para resolver el problema, o bien soslayarla refugiándose en la autocompasión, echando la culpa a los demás o asumiendo un papel de víctima.

Factor n.º 3. Los países implementan cambios selectivos en sus instituciones y en sus políticas mediante la «construcción de un cercado» para separar aquellas instituciones y políticas que requieren cambios de aquellas que deben conservarse inalteradas. Los individuos recurren, de forma parecida, a la «construcción de un cercado» para abordar cambios selectivos en algunos de sus rasgos individuales, pero no en otros.

Factor n.º 4. Tanto los países como las personas pueden recibir ayuda material y económica de parte de otros países o de otras personas. Las personas también pueden recibir ayuda emocional, pero los países no.

Factor n.º 5. Los países pueden modelar sus instituciones y políticas a semejanza de las de otras naciones, igual que los individuos pueden modelar sus métodos de gestión a partir de los de otras personas.

Factor n.º 7. Los países, igual que las personas, pueden hacer o no una autoevaluación honesta. En el caso de los países, esto exige que se alcance cierto grado de consenso nacional, pero un individuo realiza o no esta autoevaluación de forma particular.

Factor n.º 8. Los países cuentan con una experiencia histórica y los individuos con un recuerdo personal, de otras crisis nacionales o personales anteriores.

En otros dos casos la correspondencia entre los factores es más general [y/o] menos específica.

Factor n.º 9. Los países difieren en sus formas de enfrentarse al fracaso y en su predisposición a explorar soluciones alternativas a un problema en caso de que el primer intento fracase. Pensemos, por ejemplo, en las formas tan diametralmente distintas de reaccionar a la derrota militar que adoptaron Alemania tras la Primera y tras la Segunda Guerra Mundial, Japón tras la Segunda Guerra Mundial y Estados Unidos después de la guerra de Vietnam. Las personas difieren también en su grado de tolerancia al fracaso, o al fracaso inicial, y a menudo nos referimos a esa característica personal como «paciencia».

Factor n.º 12. Los países pueden padecer distintas limitaciones en su libertad de acción, especialmente por razones geográficas, económicas o relacionadas con el poder político o militar. Las personas también pueden ver limitada su libertad de acción, pero por razones completamente distintas, como pueden ser las responsabilidades paternas o maternas, las obligaciones laborales o el nivel personal de ingresos.

Por último, en lo que respecta a los tres restantes, el factor individual sirve tan solo como metáfora para evocar el correspondiente factor del caso nacional:

Factor n.º 6. Los psicólogos han definido y escrito extensamente sobre ese rasgo individual denominado «fortaleza del ego». Es una característica exclusiva de los individuos; no se puede hablar de «fortaleza del ego» nacional. Sin embargo, los países poseen una característica llamada identidad nacional, sobre la que tendremos abundantes ocasiones de comentar y que desempeña el papel correspondiente a la fortaleza del ego en el caso de los individuos. La identidad nacional apela a aquellas características de la lengua, la cultura y la historia que hacen que un país sea único entre todos los del mundo, que contribuyen al orgullo nacional y que los ciudadanos de una nación consideran que comparten.

Factor n.º 10. Otra característica de los individuos de la que los psicólogos han hablado y escrito por extenso es la de la flexibilidad personal y su contrario, la rigidez personal. Se trata de una característica que impregna el carácter de la persona; no es una situación específica. Por ejemplo, si un hombre tiene la sólida costumbre de no prestar nunca dinero a sus amigos, pero por lo demás suele tener comportamiento flexible, no se le calificaría como una persona rígida. La personalidad rígida se expresa, en cambio, por el mantenimiento de unas reglas de comportamiento firmes en la mayoría de las situaciones. No está claro si para las naciones existe una rigidez análoga que impregne la mayoría de las situaciones. Por ejemplo, si sintiéramos la inclinación inicial de calificar a un país como Japón o Alemania de «rígido», la realidad es que, en ciertas épocas, ambos países se han mostrado extraordinariamente flexibles en muchos aspectos importantes, como veremos en los capítulos 3 y 6, respectivamente. Es posible que la flexibilidad nacional sea una característica específica de la situación, al contrario de lo que ocurre con la flexibilidad individual. En el epílogo volveremos sobre esta cuestión.

Factor n.º 11. Finalmente, las personas poseen unos valores fundamentales individuales, tales como la honestidad, la ambición, las creencias religiosas y los lazos familiares. Los países también poseen algo que podría denominarse valores nacionales fundamentales, algunos de los cuales se solapan con los individuales (por ejemplo, la honestidad y las creencias religiosas). Los valores nacionales fundamentales están relacionados con la

identidad nacional (pero no son idénticos a ella). Por ejemplo, la lengua de Shakespeare y Tennyson es parte de la identidad nacional británica, pero Tennyson no es la razón por la que Reino Unido se negó a negociar con Hitler aun en los momentos más oscuros de mayo de 1940. La negativa británica a una negociación respondía, en cambio, a un valor fundamental: «No nos rendiremos jamás».

Como he mencionado en el prólogo, las crisis nacionales plantean otra serie de preguntas que no surgen en absoluto, o lo hacen solo como analogías vagas, en las crisis individuales. Entre estas están:

- el papel crucial de las instituciones políticas y económicas nacionales;
- el papel que desempeña el líder o los dirigentes nacionales en la resolución de una crisis;
- cuestiones más generales sobre la toma de decisiones colectivas;
- el hecho de si la crisis nacional desemboca en la implantación de cambios selectivos por medio de una resolución pacífica o a través de una revolución violenta;
- la cuestión de si se introducen simultáneamente distintos tipos de cambios como parte de un programa nacional unificado o de si estos cambios se implantan por separado y en momentos distintos;
- la cuestión de si la crisis nacional la han provocado desencadenantes internos de la propia nación o alguna conmoción externa ocasionada por otro país; y
- el problema de conseguir la reconciliación entre las partes en conflicto (especialmente después de una crisis que hay supuesto una guerra o el exterminio de la población); reconciliación, bien entre grupos distintos en el seno de un mismo país o entre un país y sus vecinos.

Para empezar a adentrarnos en estas cuestiones, en el siguiente capítulo presentaré el primero del par de ejemplos de crisis nacional desencadenada de forma abrupta debido a la agresión, o la amenaza

de agresión, por parte de otro país. Veremos que Finlandia, cuya deliciosa lengua desempeñó un importante papel en mi crisis personal de 1959, ejemplifica muchos de los factores que acabamos de ver, relacionados con los resultados de las crisis nacionales.